

# *El trabajo de la esperanza en la narrativa de Coetzee*

GONZALO PORTOCARRERO\*

En su *Ética*, Baruch Spinoza define la esperanza como un «afecto inconstante». Es la expectativa de que algo bueno va a pasar que está acompañada, sin embargo, por el temor de que esa inminencia finalmente no se realice. En realidad, la esperanza es una disposición a enfrentar la contrariedad apostando a que esta es pasajera y que pronto regresará la vida. Se trata de «anticipar lo bonito», aun en medio de la tristeza, el desamor y la frustración. La esperanza supone que el sufrimiento es pasajero, intuye un más allá que comienza a (pre)sentirse. El «trabajo de la esperanza» consiste entonces en relativizar la tristeza, en hacerla soportable, en imaginar una situación distinta. De cualquier forma, se trata, primero, de evitar la complacencia en el dolor que lleva a renunciar a la alegría.

En el mundo contemporáneo la desesperanza es la reconciliación con lo poco, la no-anticipación de lo bonito. Según Julia Kristeva, los hombres y mujeres de hoy oscilamos entre una tristeza vaga, que surge del duelo por un sentido perdido, y, por otro lado, la ensoñación a la que nos induce la industria del entretenimiento. Cuando no hay un «más allá» de la insatisfacción estamos en la etapa del «fin de la historia» y «la muerte de Dios». La generalización de este ánimo puede fecharse en torno a la caída del muro de Berlín. Desde entonces parece que no hay nada que aguardar. Por lo tanto, estamos desarmados frente a la persistencia de un sufrimiento que resulta inexplicable pues se supone que todo debe ser alegre y feliz.

Si es cierto, como sostiene Wilhem Dilthey, que el arte es el órgano de exploración de la vida, entonces habrá que recurrir a los artistas para identificar las voces de la esperanza. Los profetas de la época del vacío. ¿Qué puede esperar el hombre contemporáneo? ¿Qué sentidos pueden hacer valiosa su vida? ¿Cómo trascender el horizonte del goce inmediato y evasivo? La literatura es una rebelión afirmadora de nuevos sentidos. Es el descubrimiento imaginativo de esas virtualidades que nos rodean pero que no se dejan ver. Sería necesario hacer un canon de esas voces de la esperanza. En todo caso una de ellas es, sin duda, el autor sudafricano J. M. Coetzee.

En este ensayo me propongo presentar solo una de sus novelas, *La edad del hierro*, pues la considero como emblemática de ese «trabajo de la esperanza» que nos puede aún sacudir de esa mezcla de banalidad y evasión que caracteriza la vida cotidiana. Dice Mijail Bajtín que la novela es la forma de enunciación más compleja debido a que potencialmente incluye a todos los géneros discursivos. En el caso de *La edad de hierro* se simula un diario personal que es a la vez una carta a la hija ausente. El lugar de enunciación, la voz del narrador corresponde a la señora Curren, una anciana que padece un cáncer terminal.

Paradójicamente, la narración puede inscribirse en el género de «novelas de aprendizaje», en tanto el hecho central es el crecimiento del protagonista, su aprendizaje de la vida en su condición moribunda. La señora Curren transita desde una posición de complicidad pasiva con el *apartheid*, que internamente la culpabiliza, a otra posición marcada por el descubrimiento de lo que se había esforzado por ignorar y la rebeldía consiguiente. Se trata, pues, de una lucha por la lucidez y la dignidad, por el intento de permanecer como un sujeto en vez de abandonarse a la condición de cómplice de una sociedad que niega los valores sobre los que se pretende fundamentar. El rechazo a la injusticia de su mundo es también el negarse a ser lo que la institución hospitalaria dictamina para gente en su situación; es decir, un cadáver en ciernes, un objeto a ser manipulado según protocolos que ignoran su humanidad. Ahora bien, para ser sujeto es necesario ser reconocido como tal por algún otro relevante. Ser deseado. En un inicio, las expectativas de la protagonista están puestas en su hija ausente, la consuela la expectativa de un reconocimiento póstumo. En este sentido la escritura de un diario, que es también una carta, es su manera de luchar por la integridad, por dar un significado a lo que le acontece. A medida que este impulso a la

coherencia la compromete cada vez más, la hija deja de ser su interlocutor, la persona cuyo reconocimiento la pueda instituir como sujeto. En efecto, en el proceso de autoesclarecimiento desencadenado por la escritura, la protagonista se da cuenta de que ha sido abandonada por su hija, que ella es solo atenta, pero nada más. Este descubrimiento se ve facilitado por la paulatina cristalización de la relación con Verkuil, un negro borracho y náufrago que vive en la calle sin esperar nada de la vida.

La novela discurre en tres registros: el mundo interior de la protagonista, su entorno inmediato y la Sudáfrica de las luchas finales contra el *apartheid*. Sin querer queriendo, sin desearlo, pero forzada por su misma lucha por la dignidad, la señora Curren va tomando conciencia del horror sobre el cual está construida su vida cotidiana, confortable antes de su enfermedad. Entonces, tratando de hacer lo que debe, sale de su gueto para descubrir un mundo de «hierro», donde no hay piedad y donde el exterminio del otro parece ser para muchos la única perspectiva de paz.

El lugar de enunciación, el personaje, desde el cual Coetzee ve su sociedad: una anciana totalmente sola, profesora universitaria jubilada, le permite una gran lucidez. La protagonista comprende demasiado bien todo lo que ocurre, pero no por ello deja de sentir indignación y rebelarse. Piensa que vive una sociedad fundada en un crimen que todo el tiempo es perpetuado: la dominación violenta sobre los negros. Fantasea con que esa situación de injusticia es la causa del cáncer que está terminando con sus días. La muerte prematura que la acecha es la penitencia que tiene que hacer por sus pecados. No obstante, ella quiere trascender, transformando la culpa en responsabilidad. Por lo tanto, trata de reparar las injusticias que la rodean. Ella piensa que a los ojos de los blancos, sobre todo los policías, debe aparecer como una vieja loca, liberal y samaritana que está totalmente fuera de la realidad. A los ojos de los negros rebeldes ella no existe, es una anomalía que, como no debería ser, puede ser invisibilizada.

Sudáfrica está en llamas, es la «edad de hierro». Los actores más visibles de la época son el policía de origen afrikáner, arrogante y asesino, y, por otro lado, el joven negro que fundamenta su identidad en la resistencia fanática, casi suicida, a la opresión blanca. Personajes que se engendran mutuamente. La señora Curren está contra ambos. A los primeros les reprocha su brutalidad; ellos son la causa del incendio. A los segundos les echa en cara su fanatismo, en el cual, el medio, la violencia, se convierte en un fin en sí mismo. Su aparente camaradería es en realidad un culto a la muerte. Aunque la señora Curren comprenda a ambos sujetos, se siente más comprometida con los segundos, pues ellos son los débiles, los que padecen sed de justicia. Esta lucidez le da intensidad a su vida, la humaniza.

John es el arquetipo del joven de hierro. Vive para luchar. Detesta a los negros mayores que se hunden en una resignación gracias a la embriaguez. Ese es el mundo de los abuelos serviles, mundo que él aborrece y por el que no siente sino vergüenza. Sus padres lo han dejado ser, hasta han estimulado su rebeldía, pero sin participar en ella. Para John la señora Curren es un contrasentido, rompe sus esquemas. No la puede aceptar. No obstante, llega a confiar en ella porque no tiene otra oportunidad. Por su parte, la señora Curren no siente afecto por John. Si lo ayuda es porque piensa que él es también «hijo de una madre», un niño, un prójimo al que no puede fallar si quiere ser íntegra consigo misma. No es el amor sino la responsabilidad con la ley lo que la impulsa a protegerlo. Lo hace en contra de sus inclinaciones más personales que la llevan a rechazar al muchacho. Tiene que vencerse a sí misma para ser humana.

La relación con Verkuil va convirtiéndose en el centro de gravitación de la novela. En un inicio confía en él porque no tiene más alternativa y también porque tiene la esperanza de que siendo un prójimo él pueda corresponder a su confianza. La relación es difícil: Verkuil apesta a alcohol, es mugroso, tiene las uñas largas y llenas de tierra. Vive alcoholizado. Pero su persistencia en la apuesta hace que Verkuil responda. Entonces, deja su lejanía y desinterés y va acercándose. En ningún momento se trata de una propuesta posesiva. La señora Curren sabe que nunca podrá cambiarlo. Respeta una alteridad por la que en un inicio siente más asco que proximidad. El momento decisivo en el que se cristaliza una relación intersubjetiva es cuando la señora Curren, huyendo de su casa tomada por la policía, va a refugiarse en la covacha bajo el puente donde vive Verkuil. Entonces, sus cuerpos se abrazan en un lazo de ternura. Finalmente, en la etapa terminal de su enfermedad, la protagonista comparte su lecho con el vagabundo. De pronto el asco desaparece y la intimidad acontece como por encanto.

La lucha por la dignidad es el intento de preservar la inocencia, de no hacerse cómplice de la injusticia. Esta lucha abre un camino de esperanza, de un encuentro con el otro que le permita

seguir siendo sujeto. Se trata de un intento por verse a sí misma con amor, de sentirse atractiva para sí y para los otros. En contraste, dejarse llevar por la complicidad equivale a una cerrazón desesperanzada que la lleva a una condición de objeto y a una muerte anticipada.

*La edad de hierro* es una novela chamánica, llamada a ser parte de la lucha por cerrar las heridas de la sociedad sudafricana a través de imaginar una relación de intimidad y confianza entre individuos que pertenecen a grupos que se enfrentan y desgarran. El autor plantea una relación franca y sin trastiendas, un encuentro difícil de humanidades muy distintas donde, sin embargo, en el reconocimiento mutuo ambos se enriquecen. En *La edad de hierro* germina, pese a todo, una nueva socialidad en la que la diferencia deje de ser jerarquía y dominación. La señora Curren y Verkuil renuevan nuestra fe en la capacidad de hacer vínculos de los seres humanos, por más grandes que sean sus distancias. La salvación es siempre de a dos y puede ser conseguida sobre la base de la fe y la confianza. Si el asco separa, la necesidad aproxima. En última instancia, la afinidad entre sus humanidades termina por disolver las construcciones que los alejan.

*La edad de hierro* puede compararse con el *Informe final* de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR). Se trata de construcciones discursivas que pretenden explicar una situación de conflicto a la par que proponer un futuro que no repita el pasado. No obstante, *La edad de hierro* se funda en imágenes verbales que sintetizan una realidad muy compleja. Mientras tanto, el *Informe final* de la CVR es pormenorizado y analítico. Por otro lado, en *La edad de hierro* la reconciliación tiene «rostro»: es la imagen de Curren y Verkuil compartiendo el mismo lecho. En contraste, en la CVR la reconciliación es un conjunto de recomendaciones y políticas que no llegan a sugerir, plásticamente, lo que podría ser un nuevo pacto social. Por último, está el tema de la accesibilidad o legibilidad. Es probable que la mayoría de los habitantes de Sudáfrica puedan leer la novela sin rechazo, identificándose con ella, sintiéndose orgullosos de su justicia y lucidez, de su capacidad de anunciar un futuro posible que despierta amplias simpatías. El *Informe final* de la CVR, en cambio, está, hasta el momento, restringido a ser lectura de especialistas. Quizá la diferencia entre Sudáfrica y el Perú esté en que mientras en Sudáfrica se planteó la alternativa de integración o guerra civil, en el Perú es aún posible la exclusión sin una catástrofe total. De cualquier forma, que yo sepa, no hay en la literatura peruana una imagen de relación íntima entre personas radicalmente diferentes. En nuestro país los grupos sociales son endogámicos, de manera que las relaciones entre individuos de distintos grupos tienden a ser instrumentales y utilitarias, flotando encima de ellas la desconfianza, el desprecio y el resentimiento. ■